

# SUPLEMENTO FEMENINO

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 1.º de Septiembre de 1932

Núm. 488

### LLANTO POR EL MAR PROFANADO

No; no se hizo el mar para esto. El mar se hizo para hablar a solas con Dios y rezarle eternamente ese «padre nuestro» largo, largo, inarticulado, somnoliento, o para que de sus espumas naciera Venus, o para que al poeta trágico le llamase enfáticamente «grande y hondo seno de Anfítrite», o para que el poeta lírico cantara aquel correr del carro de Poseidon sobre sus espaldas sonoras, donde todo es «formidable e infantil»... Para cosas así, magníficas y solemnes, se hizo el mar: que no para recreo de niños y veraneantes.

Dejadme ahora, en plena canícula, llorar el dolor de esta profanación. Yo he visto a una profesora de Escuela Normal nacida «tierra adentro»—que es como decir dos veces hija del polvo—, envueltos sus 100 kilos corridos en un bañador verde, tocada con un gorro de goma, azul, avanzar intrépida, hacia el Océano y meterse sacrilegamente en él, y después de zambullirse, aljofarado todavía de agua y sol el lunar peludo de la barba, comentar con el bañero: «¡Ay, sabe a agua de Carabaña!» ¿Cómo no te la tragaste tú, mar blanco y azul de Venus Afrodita?

Admiró la resignación bovina con que agachas sobre las arenas tu testuz encanecida y brava, para ser allí acribillado con rehiltes de cursilería y de mal gusto. ¡Qué vía crucis el tuyo, pobre mar industrializado, desde la mala literatura del cartel chillón, donde, rival de tí mismo, se te anuncia como «el mejor del mundo», hasta el estrépito mundano del «jazz» que desde la contigua terraza interrumpe tu rezo salmodioso y hasta el ingenio del niño malo que te recoge en el cubito, para hacerse así inexpugnable frente a la institutriz; «Mira qué tiro!» ¡Cómo envidiarás tú, mar industrializado, el otro mar, modesto y anónimo, virgen de toda publicidad, que rompe allá, a la vuelta, sobre la peña desnuda, sin más testigos que Dios, un carabinero y un niño desnudo que pesca cangrejos con un alambre!

Allí te estás tú mejor, a solas contigo mismo, recordando tus fastos mitológicos. No aquí, bajo el imperio de estos rebaños impuros de carnes tostadas, yodadas y africanizadas, apóstatas de la raza blanca, desertores de Europa, incapaces de comprenderte...

Pues, ¿qué se han creído estos labradorcillos de tierra adentro, estos oficiales de Negociado? ¿Piensan, acaso, que «el desnudo», privilegio de dioses, es cosa que está ahí, al alcance de la mano de cualquier mortal? La moral ha dicho ya sobre esto reiteradamente su palabra. Tócale ahora decirle a la estética. No, amigos, «el desnudo» es mucho más difícil de llevar que el «smoking». No hay error más grande, ni pedantería más satánica que esta de pensar que cualquier exportador de aceitunas puede resistir un mínimo bañador a listas verdes y amarillas...

Y todavía aquel «bárbaro»—extranjero es, junto al mar, todo el que viene de

más allá de veinte kilómetros de la costa—pretendía hacer el erudito y contemplando desde su mecedora la playa hirviente de veraneantes sin categoría, de anatomías desastrosas y sin eufemismos, se atrevía a comentar sacrilegamente: «¡Parece esto Grecia!...» ¿Grecia? Pero amigo mío, los griegos, maestros de la intuición estética, reservaron el desnudo para los dioses o para los mármoles heroicos, que «nos hacen más sabios y más religiosos». Es arcaísmo cándido y dieciochesco eso de imaginar la vida griega como un camaleón de desnudismo y elementalidad. Los griegos sabían lo que se hacían y jamás pensaron que bajo el sol del Atica—tan parecido al de nuestras playas, tan franco, tan indiscreto denunciador de lo imperfecto—pudiera ser estético el desnudo. Ellos inventaron el «desnudo» para los dioses, y «el pliegue» para los mortales.

Ellos crearon dos tipos definitivos: para el altar, la Venus del Gnido; para el camino y la vereda, la «tanagra», con sus divinas ropas musicales...

Cuando en la Hécuba de Eurípides, el Mensajero relata el sacrificio de Polixene sobre la tumba de Aquiles, no se le olvida advertir que, al ser degollada, «tuvo gran cuidado de caer con decencia, ocultando aquello que hay que ocultar a los ojos de los mortales». Así morirían los griegos... De muy otro modo se bañan sus nietos de Hispania.

Por eso ahora, en esta plenitud de la canícula, yo he querido llorar sobre el mar el dolor de su profanación... ¡Oh nostalgia de la playa en invierno, intacta, pura, solitaria, apenas turbada religiosamente por el hombre del borriquito que viene a coger piedras y el neurasténico aquel que colecciona caracillos y conchas de almejas! Mientras tornas a tu pureza invernal, yo iré, mar amigo, en homenaje de desagravio, a visitarte allá, a la vuelta donde, puro y solo, lloras tu vergüenza, contra la roca muda, sin más testigo que el niño que pincha los cangrejos con el alambre, el carabinero... y Dios.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

(De «Ella».)

### La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Agosto de 1932.

Por fin parece que el verano se ha decidido a hacer su aparición, pues ya hemos terminado con aquellos días de mal tiempo que hacían sospechar la continuación de la mala primavera que nos tocó en suerte. Por esta razón, aunque retrasadas, han venido las diversiones, costumbres y modas estivales (éstas en su plena aplicación, porque hasta ahora resultaba poco agradable llevar los leves trajecitos que impone la costumbre de esta época) y es natural que haya un resurgimiento y hasta ciertas nuevas modalidades de la moda, que de otra manera y con una estación veraniega normal tal vez no se hubiesen presentado.

Y ya que hablamos de esta nueva animación de la vida del verano, nos referiremos en primer lugar a los trajes de tenis. En una de nuestras crónicas anteriores hablamos de la tendencia que se observaba acerca de la introducción en esos trajes de algunas notas de color, cosa reñida con



Vestido de crepé de china blanco a cuadros azules, adornado con incrustaciones blancas

la tradición, que obligaba a hacerlos blancos por completo. Pues bien, eso no ha pasado de ser una tentativa más que ha fracasado casi totalmente. En estos días—y conste que no nos atrevemos a profetizar lo que sucederá más tarde—los trajes de tenis son nuevamente blancos, a lo sumo con una leve nota de color, en forma de vivo, borde o cuello, aparte naturalmente del cinturón o a veces solamente de su hebilla. En cuanto a la forma ha de ser simplemente sencilla y bien definida, sin complicaciones, salvo quizás los pliegues que se dan a las faldas para proporcionarles la anchura necesaria al movimiento, pero de manera que esta prenda parezca recta en reposo.

Usanse las boinas para el tenis, desde luego ladeándose según los cánones, y del mismo tono que constituye el leve adorno del traje.

Diremos algo acerca de los modelos de trajes sastrero para verano. Existe una variedad infinita de modelos, de telas y de siluetas. Todos sin embargo, se distinguen por su línea precisa, fina y esbelta. Por lo demás y como ha venido ocurriendo hasta ahora, se ven chaquetas de todas las formas imaginables, desde la que puede llamarse larga, con faldones, hasta la que más bien puede calificarse de bolero. En el primer caso las solapas y el cuello tienen el corte clásico, las mangas rectas y la falda con vuelo muy ligero por abajo. Otros modelos llevan una chaquetita cruzada, generalmente de color claro, con cuello y solapas de tono más oscuro, el cual forma conjunto o es igual que el de la falda, de manera que existe un contraste por ahora todavía «de moda».

En cuanto a las telas, pueden usarse todas las que la lectora ya conoce, es decir, desde la jerga al marroquí de lana, algunos ligeros *lainages*, etc.

Donde la moda presenta más variedades es en los accesorios del traje, es decir en las echarpes, el calzado, los cinturones y los bolsos. La primera prenda, o sea el echarpe, es la que, por decirlo así, constituye el sello de elegancia y de distinción de nuestros trajes. Es la nota de color, alegre, oscura o de color vivo que da realce al traje y a las líneas sencillas de éste. Se usan todas las telas ligeras conocidas y de varios colores o de uno solo, según resulte con la combinación de la tela del traje. A veces también esta echarpe hace juego con el bolso y el calzado. Es decir, que en general y sintetizando, podemos asegurar que en el traje lo más nuevo es el tono único, realizado por esas notas exteriores o adicionales que le dan todo su valor y distinción.

A. D'ENERY

### NOTAS FRAGMENTARIAS

#### BLOCK SENTIMENTAL

El crepúsculo—azul y oro—tingía rosadas pinceladas en la penumbra ensoñadora del salón. Un budha de marfil ponía una mueca absurda sobre el pálido añil de una *chaise longue*. El piano estaba abierto esperando la mano evocadora de Mendelssohn. En la consola, yacía olvidado, un libro de Giacomo Leopardi.

¿Te acuerdas? Por el ancho ventanal entreabierto penetraba un perfume sensual de primavera. En el jardín habían florecido las magnolias. Reía el surtidor de la fuente y cantaba un ruiseñor una vieja canción epitalámica.

—Amame mucho, amame siempre—suplicaba con los ojos húmedos de lágrimas. ¿Te acuerdas? No respondí; pero sobre la mancha roja de tus labios, estalló la fiebre incontentida de mis besos...

¡Oh, la tristeza indefinible del jardín abandonado! Las magnolias están muertas. Ha enmudecido el surtidor de plata de la fuente y ha callado el ruiseñor de los epitalamios, aquel viejo ruiseñor que era el alma del jardín.

\* \* \*

Se perdió en seguida entre la multitud heterogénea de las Ramblas. Sólo pudo percibir—muy vagamente—un corpachón antiestético, un cráneo mondo y brillante y unas gafas de carey cabalgando sobre una nariz penduliforme. Los ojos se adivinaban—más que se veían—a través de los cristales llenos de círculos concéntricos.

Le miraste fijamente y me dijiste: Esa es, esa es la caricatura de mis sueños juveniles. ¿Te acuerdas? Tienes que acordarte, porque sobre el chiste despiadado floreció el prodigio de tu risa. Entonces comprendí que le habías amado locamente.

\* \* \*

Te llamé al pasar junto a mí en la vieja calle solitaria. Fué una grata sorpresa—divina emoción de un solo instante—que se diluyó en el gris azulenco de la tarde. ¿Te acuerdas? Nos mirábamos mutuamente, ahondando en nuestros ojos, ahondando en nuestras almas...

—Nos veremos otra vez ¿verdad?

—Sí; nos veremos muchas veces...

Una llamita azul brilló un momento, sólo un momento, en tus ojos de heliotropo. Luego... casi lloraste. Tú, como yo, sabías que ya nunca nos volveríamos a ver.

GUMERSINDO RIERA

Mahón, agosto de 1932.



Falda de alpaca azul y chaquetita de *sinellic* blanco adornado con un cuello y puños azules

### Para las amas de casa Reglas y consejos para bien comer

#### Cómo poner la mesa

He aquí un punto interesantísimo si no queremos caer en el pecado de ser anticuados ni incurrir en extravagancias de un modernismo por exagerado ridículo. Antiguamente las mesas solían adornarse con infinidad de artículos de plata, bronce y floreros altos llenos de flores. Estos adornos implicaban el grave inconveniente de no permitir a los comensales que se viesen y, por consiguiente, dificultaban las conversaciones generales.

Siguió a esa moda la de los floreros bajos, de plata o cristal, panzudos y cuajados de flor de rabo corto o cortado para que casi no sobresaliesen. Casi al mismo tiempo se utilizaron los llamados «caminos de mesa», en porcelana o cristal, y también sin objetos que entorpeciesen la mesa el disponer flores como en guirnalda simulando un poco una lluvia de ellas sobre los manteles.

Disponer así hoy una mesa resulta indudablemente «demodé», aunque se empeñen todavía en mantener esa costumbre algunas amas de casa y aún algunos jefes de comedor poco amigos de la renovación de métodos.

Ni centros con frutas ni grandes jarrones, ni caminos de mesa ni flores sueltas. Muy sencilla la disposición, su mérito ha de estar en el valor y buen gusto de la mantelería, de la vajilla, de los cubiertos...

En todo caso, en el centro un amplio y chato vaso de cristal de bohemia, del tipo de la restante cristalería, lleno de agua para producir irrisaciones y con alguna flor, sin tallo, sobrenadando. Nada más como adorno. ¿Para qué, si no, las preciosas botellas talladas para vino y para agua y los elegantes castillos en que deben reposar las botellas de los ricos vinos añejos?

A la derecha del plato la cuchara y los cuchillos, a la izquierda los tenedores. Si se sirviesen entremeses y ostras, ante el plato el tenedor pequeño para aquellos y el plato especial para éstas. Sobre el plato la servilleta, prescindiendo de los pliegos llamativos y absurdos que antaño hicieron furor doblada con la mayor sencillez y, apoyado en ella, el panecillo que nunca debe ser muy grande.

Cada comensal debe tener a su derecha, muy cerca del plato, cuatro vasos colocados en el orden en que se han de beber los vinos para Jerez, para Burdeos, para agua y la copa para champagne. Si se sirven más vinos, tal como Borgoña o del Rhin, deben aumentarse los vasos. En cambio las copas para el licor no deben aparecer en la mesa hasta que se sirvan los postres, cuando se traigan también las tazas de café.

Como se ha prescindido ya de los largos menús antes tan en boga, serán suficientes: cuchara, un cuchillo de carne, otro para pescado y dos tenedores. En las comidas de etiqueta es indispensable poner un «menú» para cada comensal y, a ser posible, doblar los platos para que el invitado elija entre los de cada clase el que más sea de su agrado.

Para los postres se presentará un plato menor con cuchara y tenedor especiales (de medio tamaño), dos cuchillos pequeños y un panecillo de postre (de pastelería); todo ello colocado sobre una menuda servilleta de fleco.

Sigue imperando el servicio a la rusa: es decir, presentar plato a plato ya trinchados y preparados para distribuir a los comensales. Se han suprimido totalmente los enjuagues. Solamente en los casos en que se sirvan cangrejos, percebes u otros mariscos que exigen muchas veces el uso de los dedos, se presentan unos «bols» o tazones de cristal con agua tibia. Pero jamás figurarán tales platos en comidas de etiqueta.

En cuanto al café y los licores se procurará, a ser posible, servirlos en otro salón, y en cualquier caso, en otras mesas.

#### Orden de los platos

Las sopas. Los platos volantes fríos o de cocina, calientes. Los relevés de pescado. Los relevés de carnes. Los entrantes de vaca, ternera, aves o caza. Los entrantes fríos. El ponche a la romana (siempre entre las entradas frías y las legumbres). Las legumbres. Los asados. Las ensaladas. Los dulces (primero los calientes y luego los fríos). Los helados.

Una vez servido el helado, se levanta todo el servicio de cocina, se cepilla la mesa y se pasa a los postres propiamente dichos. Entonces se ponen los servicios de café y licores si no hay modo de tomar aquél y éstos en otro lugar.

El orden de los postres propiamente tales es: quesos, frutas, dulces de repostería y bombonera.

#### Empleo de los vinos

- Jerez: con las sopas.
- Burdeos tintos: con los platos volantes, calientes o fríos y con legumbre.
- Burdeos blancos: con los pescados.
- Borgoñas: con los relevés y entradas calientes.
- Rhin: con mariscos y entradas frías (debe servirse en vasos especiales y ligeramente helado).
- Champagne: con los asados.
- Vinos generosos: con los dulces y postres.
- Licores: con el café.

Actualmente resulta muy elegante substituir todo vino extranjero con los correspondientes españoles.

Momentos antes de las comidas es de buen gusto servir un cock-tail. A petición pueden servirse otros aperitivos, pero procurando siempre no ofrecer el vulgar vermouth, a menos que lo soliciten especialmente.

Si se saben preparar, también después de las comidas y del café y licores, puede obsequiarse con algunos de los múltiples cock tails digestivos, muy fríos que ayudan perfectamente a una digestión fácil, especialmente si la alimentación fué abundante en grasas o excesivas.

RECETARIOS ALPHA

### YO SERÉ PARA TÍ..

Yo seré para tí cual la frescura de la noche serena y perfumada. Tus ojos posarán en mí ternura cuando el cansancio colme tu jornada.

Tendrá la noche palidez de lirio; como el lirio será puro mi anhelo; mis manos soñarán con el delirio de rememorar tu suavidad de cielo.

Yo seré para tí como el arrullo del agua que se quebra en el cristal con un pálido beso, sin murmullo casi y sin sombras vagas de final.

Yo seré para tí como la fuente y calmaré tu sed asoladora, y tus labios, sedientos fatalmente, gustarán la frescura ensoñadora.

Te sentirás morir, como una rosa, de la dulce emoción al embeleso. Tras de un beso, tu carne primorosa no tendrá más anhelo que otro beso.

Mas como corre el agua en el cristal, como se quebra el chorro de la fuente, cual se pierde la brisa, por fatal destino pasaré yo eternamente.

Y seré para tí cual la frescura de la noche serena y perfumada. Tus ojos, por la senda enamorada, buscarán siempre mi fugaz blancura.

ANDRÉS CASASNOVAS

### REFRANES ANTIGUOS

- «A la mujer el espejo, no hay mejor aparato.»
- «En alquimia y en casar, gran ventura es acertar.»
- «A la mujer pedicueña, ponla do habita la cigüeña.»



Vestido de noche, de organdi blanco con florecitas bordadas verde, azules y rojas

### PENSAMIENTOS

«A la mujer, particularmente, le es ornamento y gracia el silencio, según Aristóteles.—Martínez de Cuellar.»

«Sin mujeres no hay contento; si ella sale buena, ¡bravo!; si mala, del mal el menos.—Don Ramón de la Cruz.»

«La mujer calavera es la mujer con poca aprensión y que prescinde del primer mérito de su sexo: de ese miedo a todo, que tanto la hermosea.—Larra.»

«Es el recogimiento condición de las jóvenes precisas; falta en la mocedad conocimiento del suelo que se pisa. La niña que imprudente, sola y sin guía, recorrer intente la senda de la vida peligrosa, tema la suerte de la Indócil rosa.»

Hartzenbusch.

«El verdadero calavera no se casa nunca con sus víctimas ni con las que han estado abocadas a merecer semejanza dictado. El calavera se casa con una santa.—Alarcón.»



Delantales decorados con punto de tige y punto lanzado, bordados con hilos de diferentes colores

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

### EL HADA ALEGRÍA

—POR—  
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(41)

primer día de año el Hada Alegría debía bajar hasta él y batir con sus alas de ensueño el aire pesado, para ahuyentar los maleficios que le envuelven poniéndole su varita mágica encima a fin de decirle: «Sé feliz hoy que un año nuevo nos trae la esperanza de mejores días, hoy que el sol espléndido parece hacernos un don de vida, hoy que la juventud de una mujer hermosa te trae la celeste promesa de un amor...»  
Y usted verá, querida amiga, querida hermana mía, cómo al contacto de la varita mágica del hada y de las divinas palabras de la mujer, el triste rie llamando a la vida a grandes voces, encontrando alegre y claro su camino, acometiendo con ánimo la cuesta abrupta que conduce a la cumbre. La voz de Fernando se había emocionado ligeramente. Yo no compren-

día nada, como no fuera la poesía tiernísima que brotaba del dulce madrigal, pero me hallaba también algo conmovida.

—¿No ha comprendido usted, Gloria?

Y sonó su voz, dulce y tierna, mientras entre las suyas me acariciaba las manos, mientras sus ojos en los que brillaba un cálido destello de bienandanza, exploraban los míos turbados y confusos.

—No, no comprendo—murmuré al fin.

—¿No sabe usted que hoy es el día del pobre Ardieta y que la visita de usted, inesperada y gratísima, le ha de proporcionar una alegría incomparable?

—¿Quiere usted decirme que van a felicitarle y que desean que yo les acompañe?—pregunté azarada.

—Sí.

—¿Cree usted que las conveniencias...?

Me atajó casi con violencia inusitada.

—¿Qué importan las miserables conveniencias cuando de hacer un bien se trata? Ardieta sufre... ¿no se

ha dado usted cuenta? Y usted puede aliviarle con su visita.

Imploraba con los ojos llenos de una ansiedad casi infantil y, más por complacerle a él que por aliviar a Ardieta (yo no entiendo nada de todo esto), he accedido a acompañarles.

Pero lo he comprendido todo cuando, en el despacho del médico, en un aparte sabiamente proporcionado por el Conde, el doctor ha venido a mí y cogiéndome una mano la ha besado fraternalmente no con el beso galante y fraterno de Fernando Cortezo o del Príncipe ruso, sino con un ardoroso beso, el beso de pasión contenida que amenaza desbordarse, con un beso en que ha vibrado estremecido todo su ser, que ha quemado mi mano y que ha alterado, justo es decirlo, toda la serenidad de mi alma.

—¡Oh, Gloria!

Su voz ha sonado extraña, rara... Es una voz que no conocía, voz de turbación, de ansiedad, con vibraciones opacas, que ha pasado por su garganta anudada y ha sonado como un so-

llozo.

Le he mirado los ojos... He leído en ellos ¡Dios me perdone!... He creí-

do leer un amor intenso, sincero, grande, un amor que yo no sospechaba.

No hemos hablado una palabra. Sin embargo, lo sé todo... ¿Qué haré?... Creo que lo más conveniente será esperar que hablen y decidan los acontecimientos.

A las ocho, cuando he entrado en mi cuarto para vestirme, he visto encima de mi tocador dos estuches de piel. Encima del más grande había una elegante tarjeta de visita que decía en francés: «El Príncipe Pedro Alejandro Romanieff. Agregado a la Embajada de Rusia en París» y contenía una lindísima pulsera de perlas rosa, de un gusto exquisito.

El más pequeño, de piel blanca, guardaba un lindo imperdible de claros brillantes y tenía escrita una tarjeta del conde de Fenollar ofreciéndolo, con muy cariñosas palabras al HADA ALEGRÍA para que lo luciese en el baile de aquella noche.

Humildemente, como avergonzado de verse al lado de las ricas, suntuosas preseas, un gran ramo de jacintos,

color de rosa y blancos, rebosaba rozándolas y aromando con su delicioso perfume el ambiente íntimo del gabinete.

Me volví hacia Paula que aguardaba mis órdenes.

—¿Quién ha enviado estas flores?

—El señor doctor.

—¡Ah...!

Me emocionó la delicada ofrenda de aquel corazón sencillo y, decidida a agradecerla, hice cambiar a mi doncella en un instante las rositas de trapo, por los bellos jacintos olorosos que se mezclaron luego, sabiamente combinados, entre las ondas de mis cabellos oscuros.

El traje no era muy descotado, pero me dejaba al descubierto la garganta a la que rodeé un hilo de perlas que Pilar y mi padre me acababan de regalar aquella mañana.

Al mirarme vestida, me encontré bonita y se me ocurrió pensar cómo me encontrarían aquellos dos hombres tan acostumbrados a saborear la verdadera elegancia en mujeres hermosas y deslumbrantes. Me vino a la memoria el retrato de aquella mujer encantadora que guardaba el Conde en su

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

**T. B. O.**  
SEMANARIO INFANTIL  
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados  
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.  
**Precio: 0'10 pesetas.**  
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.